



En esta tierra amarga, llena de soles últimos  
tu luz ha desnudado la verdad de las cosas.  
Para la nueva vida, capitán, por tu cielo,  
Castilla ya redobla su timbal amarillo.

Tenía que ofrecerte la palma de su mano,  
con las arrugas hondas de los surcos sedientos,  
esa caricia abierta de su monotonía  
y esos hombres con todo tu dolor en los labios.

Ha pasado el silencio de tu vida de estrella  
por esta geografía sin perfil ni malicia,  
donde serpea el río limpio de las espadas  
y cantan las mujeres tu sueño conseguido.

Han pasado unos brazos que, vestidos de luna,  
van amorosamente dándote su camino.  
En un ardor de siglos, mira, donde Castilla  
termina y no termina nunca, la vieja guardia.

Han pasado unas frentes que aprendieron tu nombre  
y ahora llevan tu cuerpo, muerto para más vida;  
que la espiga cortada, culminó en su servicio  
y es el triunfo difícil el de los elegidos.

Han pasado los hombres que, en cosecha fecunda,  
lo fue dando a la tierra, tu verbo luminoso.  
La arquitectura unánime y azul de tus legiones  
ha movido los campos en los amaneceres.

Esta oración de pueblos para tu último viaje,  
rotos como una ofrenda de carne torturada,  
enreda en las almenas de sus viejos castillos  
la bandera de fuego que ondean las antorchas.

Las salvas han herido, por un alba sin pájaros,  
la lenta cabalgata de los distantes árboles.  
Al redoble constante del timbal amarillo,  
pasa la nueva vida, capitán, por tu cielo.

Discurren las palabras en un voto andariego:  
Chinchilla, casta y fría... Minaya, en un remanso...  
Cerca, toda la abierta, castellana meseta;  
atrás ya el Mare Nostrum que te cercó en azules.

Hombres los de Castilla, venid para el silencio;  
que lágrimas siempre buscan otras mejillas;  
la sed de vuestro rostro no se complace en llanto  
y acosa en vuestras venas un destino de lucha.

Las hogueras abrasan este suelo sin risas,  
donde las amapolas sólo cantan a veces.  
Con la dureza exacta de tu estilo, pregonan  
estas viejas campanas el credo que ya invade.

Sampol... Montero... Almeida... ¡Qué correctos de gesto  
Relevan los luceros en las constelaciones!  
¡Por la consigna pálida de tu primera escuadra!  
¡Por la gentilhombría de tu primer caído!

Hombres los de Castilla, venid para el silencio  
que pasa el primer hombre, vencedor de su siglo.  
Magnífico el ejemplo, le va dando a la tierra  
da la enamorada claridad de su muerte.

Enredan las antorchas su fuego en las almenas,  
y al redoble constante del timbal amarillo,  
por las arrugas hondas de los sedientos surcos,  
los hombres castellanos vienen para el silencio.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a [fundacionjoseantonio@gmail.com](mailto:fundacionjoseantonio@gmail.com)